

bre alcance toda la perfección de que es susceptible? El buen sentido y la experiencia responden que no; luego es preciso admitir que no es la muerte un punto de parada, un término fatal donde comienza para los unos la felicidad eterna y para los otros tormentos sin fin: la muerte no es más que la transición de una vida á otra. Van Helmont no niega las penas que nos esperan por nuestras faltas y por nuestros crímenes; pero niega que estas penas sean eternas, y tiene del castigo la misma idea que Orígenes: la justicia divina es una educación. Para servirnos de la terminología cristiana, la vida es un purgatorio que nos purifica y nos eleva por un progreso incesante á la perfección divina. Atacando el dogma del infierno, desertaba implícitamente Van Helmont del cristianismo tradicional, pues que negaba la caída, y, por consecuencia, la necesidad de una redención. No ocultaba el médico belga sus convicciones, y predicó resueltamente una nueva religión: subsistirá el cristianismo, pues que la nueva Iglesia debe conciliar todas las confesiones cristianas; pero habrá una transformación profunda de la antigua religión, pues que la doctrina sobre la vida y sobre el destino del hombre difiere totalmente de la que enseña el cristianismo histórico. Así dió Van Helmont un nombre nuevo á su cristianismo: lo llamó *Filadelfia*; y cosa singular, llegó hasta á fijar la fecha de su advenimiento en el año 1700. Esta predicción hará sonreír á nuestros lectores, y á sus ojos perderá todo crédito nuestro filósofo; mas el nombre y la fecha que Van Helmont asigna á su religión encierran una gran verdad; no le hacemos la injuria de suponer que creyera que el 1.º de Enero de 1700 vendría al mundo la *Filadelfia*, á la manera que sale un niño del seno de su madre; mas era el primer año de un nuevo siglo, y era, por consiguiente, del siglo XVIII del que esperaba nuestro pensador místico la realización de sus esperanzas. ¿Se engañó al creer que este siglo famoso tendría una nueva religión y que su religión sería la *fraternidad*, la *humanidad*? Jamás ha habido predicción más verdadera; sólo hay que añadir que las revoluciones religiosas no se cumplen en un día ni en algunos años; se necesita un trabajo secular para prepararlas y se requiere, además, un trabajo secular para realizarlas.

Un escritor más célebre que Van Helmont cierra el siglo XVII y abre el XVIII: Leibnitz

parecía predestinado á ser el filósofo del progreso. Genio universal, pensador profundo, historiador exacto, matemático inventor, erudito apasionado, ¿qué le faltaba para percibir el progreso en todas sus fases, para descubrir y formular sus leyes? Sólo le faltaba resolución; verémoslo en la continuación de este *Estudio* vacilar entre el cristianismo y la filosofía, tratando de conciliar lo inconciliabile, la fe revelada y el libre pensamiento, transigiendo donde era preciso rechazar toda transacción, encontrando medianas razones para justificar dogmas absurdos, faltándole, en una palabra, esa fe viva que impulsaba al siglo XVIII hacia un porvenir desconocido, lleno de tempestades, pero también lleno de esperanzas. ¿No será responsable la teoría filosófica de Leibnitz de sus indecisiones y de sus malhadadas conciliaciones? Hásele dado el nombre de *optimismo*; y aun cuando no imputemos al filósofo alemán las necias consecuencias que se derivan de esta doctrina y que ha ridiculizado Voltaire en su inimitable *Cándido*, es incontestable que los filósofos que hallan tan buenas razones para explicar y justificar cuanto existe no están dispuestos á lanzarse á las aventuras de la innovación. Queda por saber si el optimismo no es más bien la caricatura que la verdadera expresión de la filosofía de Leibnitz. Él mismo la llamaba *ley de continuidad*. ¿Qué entendía por ella, y qué relación existe entre esta ley y la del progreso?

La relación es evidente, pues que Leibnitz escribió esta célebre proposición: "Es posible que con el tiempo llegue el género humano á una perfección mayor que la que podemos imaginarnos al presente." La ley de *continuidad* es, en realidad, el principio del progreso aplicado á toda la creación. El universo se compone de mónadas, es decir, de sustancias sanas é incorruptibles cuya esencia es la actividad; y estos átomos espirituales son creados todos juntamente con cualidades diversas y tienen la fuerza necesaria para desarrollarlas. El desarrollo de las mónadas es infinito: la generación no es más que la manifestación de una nueva faz de su existencia, y la muerte una transición á una nueva vida. Así, la ley de la *continuidad* conduce á un perfeccionamiento ilimitado. Las almas humanas están sometidas á la misma ley; en efecto, son también mónadas, y no se distinguen de las otras sino por cualidades superiores, la conciencia y la libertad, y por esto forma de ellas

Leibnitz un orden aparte que llama la *ciudad de Dios*. No empece esta superioridad que los hombres obedezcan á la ley de *continuidad* ó de progreso; no han sido y no serán siempre lo que son ahora. ¿Cuál será el último término de su perfeccionamiento? La salvación eterna, la beatitud de los elegidos, la visión de Dios, responde el cristianismo; pero Leibnitz explica el dogma á su manera para ponerlo en armonía con la ley de *continuidad*: "La suprema felicidad, sea cualquiera la visión beatífica ó conocimiento de Dios que la acompañe, jamás podría ser completa, porque siendo Dios infinito, no podría ser plenamente conocido. Así nuestra felicidad no consistirá jamás ni debe consistir en un pleno goce en el cual no hubiera ya nada que desear y que haría estúpido nuestro espíritu, sino en un progreso perpetuo de nuevos placeres y de nuevas perfecciones." (1).

Como se ve, el resultado práctico á que llega Leibnitz no está lejos de la filosofía de Van Helmont. Verdad es que el pensador alemán escribió una defensa del infierno; pero no podemos tomar en serio este esfuerzo, porque la eternidad de las penas y la ley de *continuidad* son incompatibles: ¿cómo el filósofo que enseña un *progreso perpetuo* de todos los seres puede condenar á una inmovilidad eterna precisamente las mónadas que forman la ciudad de Dios? Por más que Leibnitz mantenga el paraíso, lo transforma introduciendo en él su principio de *continuidad*; y habría transformado también el infierno por el mismo principio, si su respeto alemán á las autoridades establecidas (2) no le hubiera impedido declarar la guerra á la Iglesia.

No hemos salido hasta aquí del terreno religioso de una vida infinita y progresiva; mas ¿qué pensaba Leibnitz del mundo en que vivimos? Su filosofía le lleva á juzgar lo pasado con indulgencia y á contentarse con lo presente; pero ¿quiere esto decir que renuncie á perfeccionar lo existente, como si *todo fuera inmejorable en el mejor de los mundos posibles*? No era ese el pensamiento del ilustre filósofo; antes bien, quiere que hagamos cuanto depende de nosotros para perfeccionar todas las cosas, y predice grandes cambios en las sociedades humanas. Habrá en ellas bien y mal; y si era Leibnitz demasiado prudente para decir en

(1) LEIBNITZ, *Principes de la nature et de la grâce* (Opera, edición Dutens, t. II, p. 37 y siguientes).  
) *Die hohe Obrigkeit!*

qué había de consistir el bien, se hacía, en cambio, una extraña ilusión en cuanto á la manera de realizarse el progreso: esperábalo de algún gran príncipe, el cual, "como los antiguos reyes de Asiria ó de Egipto, ó como otro Salomón, reinará largo tiempo en una paz profunda y acometerá la empresa de hacer felices á los hombres." (1). Leibnitz compartía esta esperanza con todos los filósofos del siglo XVIII. ¿Cuál habría sido su decepción si les hubiese sido dado asistir á la espantosa convulsión que llevó á un rey y á una reina al cadalso y puso fin para siempre á la utopía de un príncipe legislador y reformador!

#### § IV.—El progreso en el siglo XVIII

Formóse lentamente en la conciencia humana el dogma del progreso antes de aparecer en el siglo XVIII. La idea de la perfectibilidad se produjo en el siglo XVII bajo la forma de que los modernos son superiores á los antiguos, y de aquí á desdenar lo pasado y esperar todo de lo porvenir no había apenas distancia. Esto fué precisamente lo que hicieron los filósofos, ampliándose la idea al pasar de los letrados de Luis XIV á los libres pensadores. El siglo XVII se había preocupado especialmente del progreso científico, intelectual, como convenia á un brillante período de literatura; en el siglo XVIII, las aspiraciones se convierten en políticas y sociales: un pensador del siglo pasado fué quien escribió esta frase atrevida: la edad de oro no está detrás, sino delante de nosotros. Tal era la convicción universal. La humanidad rompía resueltamente con la tradición para lanzarse á un porvenir que se representaba bajo colores tan seductores como los que habían servido para pintar un pasado imaginario. Había ilusión en estas esperanzas ilimitadas, porque en la verdadera doctrina del progreso no hay edad de oro; pero la ilusión no era más que la exageración de una opinión verdadera, pues que en vez de deplorar la desaparición de lo pasado, como hasta entonces se había hecho, era preciso tener los ojos fijos en lo porvenir. Lamentar la desaparición de lo pasado es estéril, porque está enteramente fuera de nuestra acción; mientras

(1) LEIBNITZ, *Nouveaux Essais sur l'entendement humain*, libro IV.

la confianza en lo porvenir es omnipotente, porque nos excita á obrar para transformar el mundo.

Había, además, otra tendencia en algunos filósofos del siglo XVII que ya no se halla en el siglo XVIII. Van Helmont y Leibnitz atendían especialmente á la perfectibilidad del individuo á través de las fases sucesivas de su existencia: era el lado teológico de la creencia del progreso. El siglo XVIII sentía repugnancia hacia la teología, porque estaba llamado á obrar contra la Iglesia y contra el despotismo que en nombre de la religión se ejercía sobre la humanidad, cayendo así, como siempre sucede, de un exceso en el exceso contrario. Durante siglos habían olvidado los hombres vivir la vida presente, real, para ocuparse sólo en su salvación, es decir, en la vida futura, tal como el cristianismo la representaba, vida imaginaria, pues que la concepción cristiana es falsa. Los libres pensadores del siglo pasado desecharon esos ensueños: tenían también su ideal, pero no era en el otro mundo donde debía realizarse, sino en el presente.

Háseles reprochado, y no sin razón, esta preocupación exclusiva; pero se explica y tiene su legitimidad. Y no es, como dicen los enemigos de los filósofos, que quisieran éstos procurar al hombre la inmortalidad en la tierra, porque no creían en una existencia más allá de la tumba; no, un sentimiento más verdadero les inspiraba: si Dios nos ha colocado sobre esta tierra, es porque sin duda tenemos una misión que cumplir en ella. El cristianismo desconocía este destino, sacrificando la existencia presente á una salvación que como ficción era ya reconocida. Despreciar esta vida pasajera, no ver en ella más que una prueba de algunos días, al cabo de la cual serán los unos entregados á una especie de aniquilación por el sufrimiento y gozarán los demás de una felicidad que semeja igualmente á la nada, despreciarse á sí propio y la vida, era el mejor medio de inmovilizar el mundo y de perpetuar sus vicios. ¿Qué importaban después de todo estos vicios? Eran otros tantos medios de ejercitar las virtudes cristianas de la paciencia y de la resignación. Pero el siglo XVIII necesitaba una virtud más activa, necesitaba otra creencia, porque estaba llamado á destruir para reformar y reconstruir. Por esto se apegó con pasión á la vida presente.

¿Era esto negar la vida futura? Libres pensa-

dores había que hasta ahí llegaban en su reacción contra la religión tradicional; pero ¿cosa digna de notarse! con repudiar la inmortalidad, mejor los preparaban para la vida futura su doctrina y sus obras que el cristianismo, cuyos pensamientos eran exclusivamente consagrados al cielo. ¿Qué querían y qué hacían los filósofos? Pretendían que el hombre desarrollara libremente todas sus facultades, que se sirviera de sus luces para mejorar la condición de sus semejantes, y predicaban con el ejemplo. ¿No era esto cumplir mejor que los cristianos su misión de hombres? Y cumplir el destino que Dios nos da en este mundo, ¿no es el mejor medio ó más bien el único de prepararnos á una vida futura? La falsa concepción del cristianismo viciaba la vida presente; y si también se engañaban los filósofos, era su error más provechoso para el individuo y para la humanidad que la verdad relativa de la doctrina cristiana. No quiere esto decir que hayamos de seguir ni pretendamos glorificar el error de los filósofos; precisa, por lo contrario, completar su doctrina representando la vida actual como una faz de la vida infinita que no difiere en esencia de la vida futura. No hay otro mundo, como el cristianismo supone, no hay más que una vida; este mundo es, pues, tan santo como puede serlo el mundo en que hayamos de continuar nuestra existencia; y lejos de despreciarlo y de huir de él, nuestra misión nos llama á cumplir en él los deberes que nos imponen las circunstancias en que Dios nos coloca. Eso es precisamente lo que hacían los filósofos, y tendremos todavía un móvil más poderoso para hacerlo cuando la creencia en nuestra eternidad haya sustituido á la duda y á la negación que reinaban en el siglo XVIII.

#### N.º 1.— *Voltaire.*

Todo el siglo XVIII estaba plenamente imbuido de la creencia en el progreso infinito que debe transformar á la humanidad. Nos es imposible seguir la idea de la perfectibilidad en todos los escritores que en ella se han inspirado; mas bastará á nuestro fin detenernos en los nombres más importantes, en aquellos que han removido el mundo. En el primer puesto aparece aquel á quien se ha llamado el rey de su siglo. En vano pretende una turba de *liliputienses* católicos rebajar aquella elevada figura; su odio no hace más que poner de relieve la

grandeza del personaje que atacan con la injuria y la calumnia ó con la ceguedad de la ignorancia. Á sus ojos, si Voltaire es de raza real, es el príncipe de los excépticos; le niegan toda fe y toda creencia generosa. ¿Qué le habría, pues, inspirado, qué lo habría sostenido en su larga vida, que no fué más que una lucha incesante? Tenía su fe, y fe ardiente que fué creciendo con los años. Á la edad en que los pensadores vulgares se hacen apologistas de lo pasado, maldicen lo presente y desesperan de lo porvenir, Voltaire cantaba la edad de oro, y brillando, sobre todo, por un buen sentido admirable, no reparaba en caer en el exceso de los que esperan de un ser imperfecto un ideal de perfección. Para Voltaire, la edad de oro era el mejoramiento de la condición de todos los que sufrían los mil abusos del antiguo régimen; mas como todos los filósofos del siglo pasado, comenzando por Leibnitz, se hacía la ilusión de esperar el progreso social de un príncipe legislador. Ahora bien, hé aquí que un joven rey llama á sus consejos á un ministro librepensador y amigo de los hombres en la más alta expresión de la palabra. Al advenimiento de Turgot, entona Voltaire un himno de alegría. Hasta entonces los poetas, en su desesperación, habían exclamado: "Lloramos como nuestros padres y transmitimos nuestras miserias á nuestros deplorables descendientes." Estas prolongadas lamentaciones van á cesar: "Contempla la brillante aurora que te anuncia al cabo venturosos días: *Un nuevo mundo está á punto de salir á luz*," (1). Voltaire escribía á todos sus amigos: "Hé aquí la edad de oro que sucede á la edad de hierro; esto da ganas de vivir," (2). ¡Tenía ochenta y dos años cuando se dejaba arrebatar por este entusiasmo que apenas se encuentra hoy en los que tienen veinte! ¿Cuáles eran, pues, los frutos que debía producir ese venturoso tiempo de que Voltaire se lamentaba no ver más que la aurora?

Hacia la misma época escribió Voltaire un pequeño cuento filosófico intitulado *Viaje de la razón*, y más ideas hay en esas breves páginas que trazó la mano de un anciano que en cualquier grueso volumen sobre el progreso. Tengamos el placer de viajar con Voltaire y con la razón; nunca iremos en mejor compañía. No hace mucho tiem-

po que la razón habita en esta tierra: "Era tan desconocida entre nosotros en tiempo de nuestros druidas, que ni siquiera tenía nombre en nuestra lengua." Cuando vinieron los pueblos del Norte no se oyó hablar de otra razón que de la del más fuerte: "Largo tiempo estuvimos encenagados en esta horrible y denigrante barbarie... La política reinaba á la sazón en Roma, y tenía por ministros sus dos hermanas, la astucia y la avaricia. Veíanse correr á sus órdenes por Europa la ignorancia, el fanatismo, el furor; la razón se escondía en un pozo con la verdad, su hija; nadie sabía dónde estaba este pozo; y si se hubiera sospechado, se habría bajado á él para degollar á la hija y á la madre." El Renacimiento fué el primar destello de una nueva luz; pero desgraciadamente pareció extinguirse entre las guerras de religión que desolaron á Europa: "Dos á tres relámpagos de razón no podían iluminar el mundo en medio de la tea y de las hogueras que el fanatismo encendía."

Empero los gérmenes que la razón y la verdad habían sembrado en su breve aparición no habían perecido. "Hace algún tiempo que entraron en deseo de ir á Roma en peregrinación, y por miedo á la Inquisición iban disfrazadas y ocultaban su nombre. Introducidas cerca del papa, encontraron á Ganganelli leyendo los *Pensamientos de Marco Aurelio*; Su Santidad reconoció á las enmascaradas, y abrazándolas cordialmente, á pesar de la etiqueta, les dijo: "Señoras mías, si yo hubiera podido imaginar que estabais en la tierra, yo os habría hecho la primera visita." Después de los cumplimientos se habló de los negocios, y al día siguiente Ganganelli abolió la bula *In cæna Domini*, uno de los más grandes monumentos de la locura humana, y al otro tomó la resolución de abolir la Compañía de Jesús, y Europa batió palmas. Después visitaron nuestras viajeras toda Italia, y se sorprendieron de hallar, en vez de maquiavelismo, la emulación entre los príncipes y las repúblicas por hacer á sus súbditos más honrados, más ricos y más felices: "Hija mía, decía la razón á la verdad, yo creo que podría ya bien comenzar nuestro reino; bien poderosos en palabras y en obras han debido ser algunos de los profetas que han venido á visitarnos en nuestro pozo para mudar así la faz de la tierra. Ya veis que todo viene tarde: era preciso pasar por las tinieblas de la ignorancia y del engaño antes de entrar en tu palacio de luz."

(1) *Sur le passé et le présent* (1775).  
(2) *Lettre à M. Dupont*, de 1776.

Las viajeras llegan á Alemania: "Vieron con satisfacción aquel país que en tiempo de Carlomagno no era más que una selva inmensa cortada por pantanos, cubierto ahora de ciudades florecientes; país que no había tenido en la antigüedad sino hechiceros por sacerdotes, que inmolaban á los hombres sobre piedras groseramente cortadas; país que después había sido inundado por su sangre, para saber con exactitud si la cosa era *in, cum, sub* ó no... ¡Bendito sea Dios! dice la razón; estas gentes han venido á mí en fuerza de demencia." No causó Rusia menos agradable sorpresa en la razón y en la verdad: "No cesaban de admirar cuánto había cambiado el mundo en pocos años; y concluían de aquí que acaso Chile y las tierras australes serían el centro de la civilidad y del buen gusto, y que sería preciso ir al polo antártico á aprender á vivir." Cuando llegaron á Inglaterra, dijo la verdad á su madre: "Páreceme que la felicidad de esta nación no se ha hecho como la de las demás; ha sido más loca, más fanática, más cruel y más desgraciada que ninguna de las que conozco, y hé aquí que se ha formado un gobierno único, en el cual se ha conservado todo lo que tiene de útil la monarquía y todo lo que una república tiene de necesario: es superior en la guerra, en las leyes, en las artes, en el comercio."

Nuestras viajeras acaban la vuelta de Europa por Francia. Francia estaba en visperas de la revolución, y es curioso oír de boca de Voltaire cuáles eran los votos de la nación, porque son como el programa del 89: "Se van á repartir entre los indigentes que trabajan los inmensos bienes de ciertos holgazanes que han hecho voto de pobreza. Estas gentes de mano muerta no tendrán ya esclavos de mano muerta."—"¿No oyes, madre mía, todas esas voces que claman: No se reputarán ya concubinatos los matrimonios de cien mil familias útiles al Estado, y no serán ya los hijos declarados bastardos por la ley?"—"Las pequeñas faltas no se castigarán ya como grandes crímenes, y esto debiera ser el primer axioma de la justicia criminal."—"Ya no serán confiscados los bienes de un padre de familia, porque los hijos no deben morir de hambre por las faltas de su padre."—"El tormento, inventado antiguamente por los bandoleros para obligar á los robados á descubrir sus tesoros, y empleado hoy en un corto número de naciones para salvar al culpable robusto y perder al inocen-

te débil de espíritu y de cuerpo, no se empleará ya sino para los crímenes capitales de lesa sociedad, y únicamente para obtener la revelación de los cómplices."—"Yo oigo, además, proferir á mi alrededor en todos los tribunales estas notables palabras: No citaremos ya nunca las dos potestades, porque no puede existir más que una: la del rey ó de la ley en una monarquía, la de la nación en una república. La potestad divina es de una naturaleza tan diferente y tan superior, que no debe comprometerse en una profana confusión con las leyes humanas."

La razón responde á la verdad: "Bien comprendes, hija mía, que yo deseo casi las mismas cosas y muchas otras. Todo esto pide tiempo y reflexión. Yo me he puesto siempre muy contenta cuando he obtenido en mis pesares una parte del alivio que deseaba, y hoy soy muy dichosa. ¿Te acuerdas del tiempo en que casi todos los reyes de la tierra estaban en una paz profunda, en que se divertían en descifrar enigmas y en que la hermosa reina de Saba iba á proponer personalmente logogrifos á Salomón?—Sí, madre mía, era un buen tiempo, pero no duró.—Pues bien, repuso la madre, éste es infinitamente mejor. No se pensaba entonces más que en mostrar un poco ingenio, y yo veo que desde hace diez ó doce años se aplica en Europa á las artes y á las virtudes necesarias que dulcifican la amargura de la vida. Parece en general que se han dado la consigna de pensar más sólidamente que se había pensado durante millares de siglos." La verdad confiesa que no tiene sino que decir bien del tiempo presente, "á despecho de tantos autores que no alaban más que lo pasado."

Habría muchas cosas que decir sobre estas breves páginas: la revolución es un comentario vivo. Limitémonos á consignar que todas las preocupaciones de Voltaire tienen por objeto el progreso social; lo provoca, lo desea, pero no espera que todos sus votos se realicen. Esa es ciertamente la lenta marcha del perfeccionamiento. La revolución, en su vuelo impetuoso, traspasó estas tímidas esperanzas; mas precisamente por haberlas traspasado fué seguida de un movimiento de reacción y de retroceso. ¡Que aproveche esta lección á los pueblos! No deben esperar el progreso de una revolución súbita; el progreso se prepara lentamente, y para que las instituciones sociales se transformen es preciso que el hombre se

regenera. Hé aquí una faz del progreso que olvidó demasiado el siglo XVIII; y si la desconoció, fué porque le faltaba un principio religioso; que no basta, por poderoso que sea, el amor de la humanidad.

#### N.º 2.—Rousseau.

Rousseau es en todo lo contrario de Voltaire y, sin embargo, persiguen el mismo fin. El autor del *Emilio* siente en ciertos respectos mejor que su brillante rival lo que falta á su siglo; si escribió el *Contrato social*, escribió también un tratado sobre la educación, en el cual enseña los principios de la religión natural. Se han tomado muy servilmente todas sus paradojas: no quería volver el hombre á las selvas; quería regenerarlo llamándolo hacia la naturaleza, y pensaba rectamente. Todavía tiene el siglo XIX que pedir á la educación la transformación que los filósofos del siglo pasado esperaban demasiado exclusivamente de la reforma social. Se han trastornado completamente las sociedades; pero ¿qué importa y de qué sirve esto si el hombre queda el mismo? Puede haber un país cuya constitución esté llena de libertades, pero en que los espíritus estén esclavizados por la superstición y la ignorancia: ¿qué es la libertad política sin el libre pensamiento? ¡Gloria á Rousseau que ha indicado el camino!

No tomaremos al pie de la letra sus elocuentes declamaciones contra las ciencias y las artes: "Nuestras almas se han corrompido, exclama, á medida que nuestras ciencias y nuestras artes han avanzado en perfección... El flujo y el reflujo cotidiano de las aguas del Océano no están sujetos con más regularidad al curso del astro que nos ilumina durante la noche que lo está la suerte de las costumbres y de la probidad al progreso de las ciencias y de las artes. Se había visto ahuyentarse la virtud á medida que la luz se elevaba sobre nuestro horizonte, y el mismo fenómeno se ha observado en todos los tiempos y en todos los lugares." El sentimiento que inspiraba á Rousseau era justo: le hería la decadencia moral que reinaba en un siglo cuya cultura intelectual se ponderaba, y lo que le preocupaba sobre todo era la reforma de las costumbres. Con este fin escribió su *Emilio* y se hizo apologista de lo pasado á la manera de Tácito, que exaltaba la pureza de los Germanos para

que los Romanos se avorgonzaran de su corrupción. La misma causa tenía la corrupción en las dos épocas: la debilidad de las creencias, la ruina de la antigua fe, cuando los principios de una fe nueva eran todavía vagos é indecisos. Hé ahí por qué publicó Rousseau la *Profesión de fe del vicario saboyano*, y estaba en el verdadero camino del progreso al decir á los hombres: reformaos si queréis reformar la sociedad.

Ese es el verdadero Rousseau; no hay misión más grande que la suya. En cuanto á sus arrebatos contra lo presente y á sus elogios de lo pasado, no hay que atribuirles demasiada importancia: eso estaba en su carácter de misántropo; pero importa consignar que Rousseau se engañó alabando lo pasado á expensas de lo presente. Los hechos en que se apoya no existen sino en su negro humor. En el discurso sobre las ciencias y las artes eleva á las nubes á la ciudad de Licurgo, "aquella república de semidioses más que de hombres, que tan superiores á la humanidad parecían sus virtudes: ¡Oh Esparta, oprobio eterno de una vana doctrina! ¡Mientras los vicios, conducidos por las bellas artes, se introducían en Atenas; mientras un tirano recogía tan cuidadosamente las obras del príncipe de los poetas, tú arrojabas de tus muros las artes y á los artistas, las ciencias y á los sabios!." Nada hay de verdad en este cuadro fantástico más que la barbarie de los Espartanos; en cuanto á sus pretendidas virtudes, no existen más que en la imaginación de Rousseau: la historia las ignora; ¿qué digo? nos enseña que reinaban los vicios con toda su brutalidad allí donde un puñado de aristócratas trataban á las poblaciones vencidas como brutos.

Así da la historia real un mentís al cuadro imaginario de Rousseau: los Espartanos no fueron menos corrompidos porque despreciaban las artes y las ciencias; todo lo que ganaron con su ignorancia fué que su corrupción fuese más grosera. Los extraños errores en que cayó Rousseau prueban que la verdadera doctrina del progreso no puede construirse sino sobre la base de la realidad, de la historia concienzudamente estudiada. El siglo XVIII era demasiado apasionado para hacer un estudio serio de los hechos: los unos, y eran el mayor número, denigraban lo pasado y lo calumniaban; los otros lo falseaban, idealizándolo. Sólo Montesquieu, entre los escritores de primer orden, tuvo genio histórico, pero fué demasiado exclusivamente his-

torador; contentóse con buscar la razón de las cosas, sin inquirir la ley general que rige los sucesos. Hubo, sin embargo, un hombre que, uniendo la afición á la historia y á la filosofía, enarboló la bandera del progreso desde que entró en la carrera de las letras; entre todos los escritores de lo pasado, Turgot fué el que formuló con más precisión la doctrina del progreso. El destino le llevó á la práctica de los negocios, y en la vida real trató de realizar los progresos sociales que la nación esperaba con tanta impaciencia. ¡Dichosa la Francia, si las estúpidas pasiones de las clases privilegiadas no se hubieran opuesto al ministro reformador!

N.º 3.—Turgot.

“Á los veintitrés años escribió Turgot un discurso que tenía por objeto *los progresos sucesivos del espíritu humano* (1), título casi idéntico al que dió Condorcet al famoso Bosquejo que es como el testamento del siglo XVIII. ¿Cómo entendía el progreso el joven orador? Veía una ley general que domina la diversidad, en apariencia infinita, de los hechos históricos; variedad tal que pudiera creerse que depende de la falta de una regla y cuyo efecto produce en buenos espíritus que se dejan absorber por los detalles. Turgot establece la diferencia que existe entre los fenómenos de la naturaleza y las libres acciones de los hombres: los primeros, sometidos á leyes constantes, se producen en un círculo de revoluciones siempre idénticas; en la sociedad humana, por lo contrario, la razón, la libertad, las pasiones dan lugar incesantemente á nuevos acontecimientos. ¿Quiere esto decir que sólo preside en ellos el acaso? No, todas las edades están encadenadas por una serie de causas y de efectos que ligan el estado presente del mundo á todos los que le han precedido. ¿Cuál es la ley que regula este encadenamiento? “Proporcionando á los hombres los signos multiplicados del lenguaje y de la escritura medios de asegurar la posesión de sus ideas y de comunicarlas á los demás, han formado de todos los conocimientos particulares un tesoro común que transmite una generación á otra como una herencia constantemente aumentada con los descubrimientos de cada siglo; y el género humano, considerado desde su origen, aparece á los ojos

(1) *Œuvres de Turgot* (Collection des économistes, t. II, p. 507).

de un filósofo como un todo inmenso que, á semejanza del individuo, tiene su infancia y su progreso.”

Á primera vista parece el principio de Turgot idéntico al de Pascal y limitado al perfeccionamiento científico; pero en realidad es mucho más amplio el punto de vista del joven filósofo, pues que se extiende á todas las manifestaciones de la actividad humana: “El interés, la ambición, la vanagloria cambian perpetuamente la escena del mundo, inundan la tierra de sangre; pero en medio de sus estragos, *se dulcifican las costumbres, se ilustra el espíritu humano*, las naciones aisladas se van relacionando; el comercio y la política reúnen al cabo todas las partes del globo, y *la masa del género humano*, á través de alternativas de calma y de agitación, de bienes y de males, *marcha siempre, aunque á pasos lentos, hacia una perfección superior.*” Turgot no teorizaba, su espíritu era esencialmente histórico; escribió el plan de dos discursos sobre la historia natural (1); y si le hubiera sido dado ejecutarlo, poseeríamos un cuadro magnífico, superior con mucho al discurso de Bossuet, que no tiene otra grandeza que la majestad del lenguaje. Turgot fué el primero que determinó con precisión el verdadero objeto de la historia universal: “Abraza la consideración de los progresos sucesivos del género humano y el detalle de las causas que á ellos han contribuido.” ¿Cuál es en esta serie inmensa de hechos la parte que debe atribuirse á la libertad humana y cuál la parte del gobierno providencial? Turgot afirma que hay causas generales y necesarias en que el hombre no entra por nada, y es lo que llamamos hoy, ya fatalismo, ya gobierno providencial, y reconoce, además, causas particulares y actos libres que constituyen la parte del hombre. Hé ahí los rasgos dominantes de una historia considerada bajo el punto de vista del desarrollo progresivo de la humanidad. Aunque Turgot no hiciera más que indicarlos, esto basta para asignarle el primer rango entre los escritores que en el siglo XVIII se ocuparon en investigar las leyes que presiden á la vida de la humanidad, ó, por mejor decir, fué el único que intentó esta indagación. En Voltaire era más un instinto poderoso que una idea, y por eso están lejos sus obras históricas de responder al ideal trazado por Turgot, sobre

(1) *Œuvres*, t. II, p. 626.

que estaba demasiado empeñado en la apasionada lucha contra lo pasado para apreciar con imparcialidad los hombres y las cosas. Turgot tenía la imparcialidad del historiador. ¿Nos engañamos al atribuir el honor de esta alta cualidad á la creencia del progreso que le inspiraba?

Dió Turgot una prueba notable de su genio histórico en el juicio que formuló sobre el cristianismo. No era cristiano; se le destinaba á las órdenes eclesiásticas, y se le hacía entrever un porvenir brillante en una carrera que daba riqueza, consideración y poder. Mas él respondía á sus amigos que no comprendía sus consejos y que le era imposible seguirlos: *no podía resignarse*, decía, *á llevar toda su vida una máscara sobre el rostro.* Hé ahí un libre pensador de buen temple: obraba como pensaba, y esto á riesgo de sacrificar á sus convicciones honor y fortuna. Turgot era, pues, un filósofo, pero nada tenía de aquella odiosa hostilidad á la religión que distinguía á los incrédulos del siglo XVIII: hacía justicia al cristianismo, aunque no creía en él. El hecho es notable y merece ser consignado. La doctrina del progreso era lo que daba esa independencia de espíritu y esa indulgencia á un escritor de veintitrés años. Si algo hay que reprender en la concepción histórica de Turgot, es su excesiva indulgencia. Dice perfectamente que entre los antiguos, tan ponderados por Rousseau, reinaba la fuerza en todas las relaciones sociales; pero ¿hay que atribuir al cristianismo la gloria de haber restablecido á la humanidad en sus derechos? En el siglo XVIII no se conocía ya la religión del Cristo; se la representaba como social, porque se tenía sed de reformas sociales. No es un reproche esta crítica que nos permitimos hacer: la indulgencia vale, después de todo, más que el odio, ó, por mejor decir, es un deber para los historiadores que juzgan á los hombres; sólo que es preciso evitar el apreciar las doctrinas con una indulgencia excesiva que degeneraría en aprobación de los errores. Cuando se trata de la verdad, el odio es legítimo, porque no se puede amarla sin detestar la mentira.

N.º 4.—Condorcet.

Se insulta y se calumnia á los filósofos del siglo XVIII en nombre de una estúpida reacción. ¡Que nos citen los enemigos de la filosofía una figu-

ra más noble y elevada que Condorcet escribiendo el *Bosquejo de los progresos del espíritu humano*, en el momento en que el hacha del verdugo estaba suspendida sobre su cabeza, celebrando la libertad cuando la libertad alzaba cadalsos para él y sus amigos, y dejando después su asilo y adelantándose á la muerte por temor de comprometer á la valerosa mujer que exponía su vida por salvar á su huésped! Se acusa á los filósofos de escepticismo. Los desdichados no creían en el cielo ni en el infierno de los católicos; pero creían en el deber, y hacían más que creer, lo practicaban á expensas de su vida. ¡Dios nos otorgue la gracia de ser escepticos como Condorcet!

El punto de partida de Condorcet en la cuestión del progreso es el mismo de Turgot. Cree que “la especie humana se mejora incesantemente, ya con nuevos descubrimientos en las ciencias y en las artes, y, por consecuencia necesaria, en los medios de bienestar y de prosperidad común; ya por progresos en los principios de la conducta y en la moral práctica; ya, en fin, por el perfeccionamiento real de las facultades intelectuales, morales y físicas.” El principio está formulado con más precisión que lo había sido hasta entonces, aun por Turgot; y, cosa digna de notarse, no limita Condorcet sus esperanzas al progreso social, establece formalmente la perfectibilidad del hombre. Habiendo llegado el último en la carrera, se aprovechó el ilustre escritor de los trabajos de sus predecesores; pero si los utilizó, los aumentó y perfeccionó también.

Pregúntase desde luego Condorcet “si se ha marcado un término al perfeccionamiento de las facultades humanas,” y responde “que la perfectibilidad del hombre es realmente indefinida; los progresos de esta perfectibilidad, independiente en adelante de todo poder que quisiera detenerlos, no tienen otro término que la duración del globo en que nos ha puesto la naturaleza.” Plantea después la cuestión de la continuidad del progreso, y la resuelve también afirmativamente: “Sin duda podrán seguir los progresos una marcha más ó menos rápida, pero jamás será retrógrada, á lo menos mientras la tierra ocupe el mismo puesto en el sistema del universo y no ocurra ningún trastorno que impida á la especie humana conservar y desplegar las mismas facultades y encontrar en el globo que habita los mismos recursos.”